

Tiago Rebelo

Un hombre escandaloso

Autor con más de
2,000,000
de ejemplares vendidos



endira
Trama

**¡Gracias por empezar a leer las
primeras páginas de este título!
Te doy un trato preferente porque lo
mereces, disfruta de esta lectura y no
te pierdas la oportunidad de tener este
gran libro en tus manos.**

**Saludos,
Editorial Endira**

1

Tan pronto como se fueron sus tres hijos, al cabo de quince días de vivir con él, João Pedro cerró la puerta y se sentó en el sofá de la sala donde se fumó un cigarro con la mirada clavada en la pared. Estaba exhausto. A su alrededor encontró ropa de niño, piezas de juegos y juguetes regados por toda la casa. Descubrió un vaso de leche con chocolate derramado sobre la alfombra, además de muchas, muchísimas galletas empleadas como municiones en una guerra fratricida. Algunas de esas galletas habían sido pisoteadas por los gemelos o trituradas por los dedos barrigones del bebé. Se habían pasado toda la mañana en ello, los mayores, de seis años, a guerrear; mientras el bebé gateaba de una galleta a otra, se sentaba, la agarraba, la aplastaba con la mano para luego recoger las migajas y metérselas a la boca. João Pedro optó por no regañarlos porque ya no le quedaba energía suficiente como para provocarles un disgusto. Adoraba a sus hijos, pero esa mañana se sentía demasiado cansado y profundamente aliviado al saber que Clara vendría a las once por ellos.

Llegó puntual.

Llamó a la puerta y rechazó la invitación para pasar, como de costumbre. El frío retraimiento de Clara no dejaba de extrañarle, teniendo en cuenta que habían compartido diez años de intimidad. Pero, total, se figuraba que era su modo de decirle «eres una bestia peluda» sin tener que verbalizarlo. Su resentimiento aún perduraba y João Pedro se temía que no fuera a desaparecer tan pronto, si

es que algún día llegaba a desaparecer.

La entendía, ella lo había dejado porque él la había desilusionado. No había sido, de ninguna manera, un acto premeditado de su parte, pero aún así no dejaba de parecerle una perfidia. Había sido, a todas luces, una traición al proyecto común y a todo el empeño que ella le había dedicado a su matrimonio. Hasta él se daba cuenta de que Clara pensaba en estos términos. João Pedro acabó por convencerse de que nunca soltaría una frase del estilo «no tienes la culpa de nada, el problema soy yo», aun cuando no hubiera dudas al respecto, puesto que le sonaba muy similar a «esto no es lo que parece», lo que tan solo lograría aumentar el sentimiento de traición que la consumía.

Ni siquiera el hecho de que Clara se hubiese vuelto a casar con su jefe seis meses después del divorcio, tras haber, aquel otro, dejado a su mujer e hijos, parecía haber diluido una sola gota de la rabia que sentía. Clara acababa de volver de su luna de miel en isla Mauricio y, a juzgar por su actitud abiertamente hostil, nada había cambiado con respecto a él.

João Pedro contempló la sala con una mezcla de abatimiento y alivio. Era como si acabara de pasar por allí un huracán. Sin embargo, decidió no recoger por ahora y aprovechar de un modo u otro su libertad recobrada. Le daba igual lo que hiciera, siempre y cuando saliera de casa a dar un paseo.

Era domingo, faltaban tres semanas para Navidad y había en la plaza de Terreiro do Paço un árbol gigante, iluminaciones a todo lo largo de la

Avenida da Liberdade, a todo lo ancho de Marquês de Pombal además de los adornos que endominaban los otros barrios de Lisboa. La capital se alborotaba con las fiestas de fin de año: conciertos, espectáculos de calle, fuegos artificiales, ferias y eventos organizados por el comercio local. A João Pedro no le llamaba la atención la mayoría de aquellas actividades pero disfrutaba del espíritu navideño y gozaba al ver la ciudad engalanada.

Manejaba sin destino y a baja velocidad su viejo Volvo en edad de jubilarse pero que aún conservaba por ser reacio al cambio y porque, bueno, porque no le importaba un carajo el coche. De cualquier forma, casi nunca lo usaba. Salió del Restelo hasta Cais do Sodré, siguiendo la ribera del río. Resplandecía una hermosa mañana invernal en las aguas turbulentas del Tejo. Las primeras horas del día se habían opacado bajo pesadas nubes de mal semblante, pero ahora asomaba de nuevo el sol, radiante y alegre.

Por fin dejó atrás Terreiro do Paço y el Rossio, subió hasta la glorieta de Marquês y por último decidió enfilarse hacia las Amoreiras. Accedió a la rampa del estacionamiento del centro comercial con la dichosa intención de visitar la librería, comprar el periódico y una revista de arte, sentarse en algún lugar a tomar café y darse el lujo de quedarse el tiempo que quisiera, sin importarle la hora ni los quehaceres; en resumidas cuentas, de disfrutar la tarde libre de obligaciones.

Pensó en Clara y en su expresión rencorosa que se había transmutado en una amplia sonrisa tan pronto vio salir a los niños. Clara había abrazado y besado profusamente a sus hijos,

con genuina alegría, y se los había llevado a casa bien apretaditos. Se habían marchado sin decir adiós, resguardados tras un bullicio alegre, atrapados en la urgencia del reencuentro. Clara no los había conminado a despedirse de su padre, sino todo lo contrario, también se había marchado sin decir palabra, sin siquiera preocuparse por las cuestiones de relevo habituales en estas circunstancias: a qué hora se tomó su última mamila el bebé, el antihistamínico del hermano, el inhalador del otro, en fin, aquellos asuntos. Pero ella era Clara la supermamá, y ya se las arreglaría sola.

João Pedro se había imaginado que volvería de Mauricio cargada de regalos para sus hijos y que adelantarían la Navidad allí mismo. Clara no tenía reparos en satisfacer todos los caprichos de los gemelos, los consentía exageradamente en opinión de João Pedro. Alguna vez había intentado tocar el tema, con la esperanza de convencerla de mostrarse más razonable en ese aspecto, pero la reacción había sido más bien desalentadora, incluso un poco agresiva. Clara se había alterado, le había servido una larga prédica acerca de sus prerrogativas de madre y luego lo había acusado de sentirse frustrado siempre que se gastaba un dinero con los gemelos porque su poder de compra había aumentado considerablemente con su nueva y bastante más feliz relación.

En resumidas cuentas, le había dicho:

“João Pedro, vete al carajo con tu falsa moral porque soy capaz de brindarle a nuestros hijos una vida buena, cosa que antes no ocurría con la misma facilidad porque teníamos el dinero conta-

dísimo, por tu culpa.”

Y era absolutamente cierto. Antes tenían el dinero contado, y en los últimos tiempos prácticamente vivían del sueldo de ella porque los cuadros de João Pedro se vendían cada vez menos conforme la crisis se instalaba y arrasaba con la economía y la población. Sin embargo, en el momento en que ella le echó en cara su fracaso y le insinuó que su poder adquisitivo era superior al suyo, las cosas ya no eran del todo así, puesto que la suerte de João Pedro había dado un giro.

Ahora bien, quizás no había cambiado por buenas razones —de allí que se justificara el resentimiento de Clara—, pero había cambiado y no era poca cosa.

Clara se señalaba por ser una mujer mesurada que iba por la vida sin quejarse. Atendía la economía familiar con rigor espartano y el dinero, o la falta de dinero, jamás había sido un problema. Vivían con lo justo, pero sin carecer de lo necesario, y aquello nunca había sido un tema entre ellos, o un obstáculo para la felicidad de ambos, porque João Pedro no era un hombre de muchos gastos y porque Clara no ambicionaba vestidos de marca, joyas carísimas o viajes a lugares exóticos. Clara, no obstante, ambicionaba mucho más que la marca de una prenda o el brillo de un diamante, y si se había casado con él era porque se imaginaba que algún día sus cuadros le valdrían la fama y el reconocimiento público, los honores de las condecoraciones presidenciales, el prestigio de las subastas de Christie's cuyos precios de venta romperían récords.

Precisamente, el fiasco de João Pedro era el fracaso de Clara quien, al ver sus sueños defraudados,

se deshacía de él insensiblemente, culpándolo de todo, y que a falta de honores se había conformado con un segundo matrimonio acaudalado y se había vuelto una mujer sofisticada. Había rejuvenecido: vestía más caro, se iba de luna de miel a resorts de lujo en isla Mauricio, ¡le decía a su exesposo que se fuera al carajo! El dinero a veces era así.

2

João Pedro se acomodó en una mesa con una sonrisa pintada en la cara, rodeado de cantidad de periódicos y revistas puesto que se había entusiasmado y había acabado por comprar un festín de lecturas con las que tenía planeado atiborrarse durante la siguiente hora.

Más tarde, complacido con la lectura, echó todo en una bolsa, pagó la cuenta, y como no tenía muchas ganas de volver a casa, se puso a vagar por los pasillos del centro comercial. En algún punto se detuvo frente al escaparate de una tienda de animales para contemplar a un cachorrito que atrajo su mirada. La criatura dormitaba en el interior de un cubículo de acrílico transparente. Era un bóxer, enseguida reconoció la raza, a pesar de hallarse medio camuflado en un montoncito de paja que le servía de cama y en el cual se hundía.

Cuando era pequeño, João Pedro odiaba aquellos perros. No porque hubiese tenido algún episodio infeliz con uno de ellos o porque se asustase particularmente con los bóxer, pero más bien porque, bueno, ¿cómo decirlo? digamos que su pro-

pia fisionomía recordaba a los bóxer un poco más de lo que hubiera querido. João Pedro era prognata y al igual que los perros de esa raza su característica más sobresaliente era una mandíbula inferior prominente. En realidad, ese rasgo había condicionado de forma determinante su modo de relacionarse con el mundo, había definido su carácter hasta el día de hoy.

Para lograr entender verdaderamente a alguien es necesario remontar a su infancia, a la época de las cavernas de ese yo incierto. Los niños llegan a ser incomparablemente más feroces que los adultos puesto que no miden la magnitud de su crueldad y tampoco tienen consciencia de la gravedad de los daños psicológicos que esta llega a provocar. João Pedro se vio despedazado por la maldad a una edad en la que todavía estaba construyendo su personalidad, a los once años. En aquel entonces, él era un muchachito tranquilo, ensimismado, simpático sin más. Nadie hubiera deparado en él de no ser por su estatura inusualmente alta y la fealdad caricaturesca de sus facciones. Una desgracia. La naturaleza se había mostrado ingrata con él al otorgarle un rostro que no pasaba inadvertido por las razones menos envidiables. Pero también lo había agraciado con un cuerpo alto y fuerte, y unas manos enormes, acaso por una razón muy simple: para poder zurrar despiadadamente a todo aquel que se atreviera a dejarlo en ridículo. João Pedro habría de aprovechar esa ventaja incontables veces a lo largo de su vida, pero no sería suficiente, ya que era demasiada la bondad de su alma mansa, la cual prefería aislarse en la soledad de una burbuja a encarar la necedad del

insulto cerril.

Pero nada de esto se interponía todavía en la felicidad de João Pedro, quien por aquel entonces apenas empezaría a padecer los efectos de su diferencia.

La hostilidad que siente un crío hacia otro puede tener su origen en un sinfín de razones. En este caso, ni siquiera llegaba a ser auténtica hostilidad sino un simple y mero instinto de supervivencia que se imponía desde la más tierna edad sin que el mismo perpetrador tuviera un entendimiento preciso de ello, o que se percatase de las implicaciones psicológicas que eran causa de su conducta infame. El niño en cuestión se llamaba Joca, compañero de escuela de João Pedro. Joca vendría siendo el diminutivo de José Carlos o João Carlos, o algo por el estilo, no importa; lo que importa es que, al ser llamado por su diminutivo, ya daba a entender que era un niño mimado a quien se le había impartido una educación demasiado arrogante y que manifestaba una tendencia para la rebeldía y el descaró. En cambio, a João Pedro lo llamaban naturalmente por su nombre completo. A João Pedro difícilmente lo habrían de llamar con un diminutivo, no le quedaba, ya que era un chico sosegado, bastante recatado, cumplidor, buen estudiante; portadito, pues.

Se puede objetar que es un disparate suponer el carácter de alguien a partir de su nombre, de acuerdo, pero bastaría con conocer al niño aquel para darse cuenta de que no es ningún despropósito. Joca era, en serio, un niño con una educación deficiente, poco respetuoso y caprichoso, prácticamente un crío en su estado salvaje.

El instinto de supervivencia de Joca empezó a manifestarse desde muy temprana edad, como consecuencia de su corta estatura. Era, de hecho, el más pequeño del salón, pero también el más grosero. Insidioso y mañoso, Joca dirigió su ataque contra el gigante bonachón al que se propuso someter para enseñarle a todo el mundo quién era el que mandaba. Vislumbró una debilidad en el carácter blando de João Pedro y empezó a meterse con él con obsesiva tenacidad. Le puso el apodo de bóxer y desató la risa del salón al imitar la cara de prógnata de João Pedro. Se hacía pasar por su compinche pero luego extendía el brazo frente a su cara gritando «muerde aquí, muerde», con lo que desataba la risa general.

Joca le daba alas a los demás niños quienes ante la pasividad de João Pedro se sentían libres de asesinarlo sin piedad. Y él, intimidado, no oponía resistencia alguna, se limitaba a esbozar una sonrisa avergonzada. Incluso el gordito del salón, de quien se burlaban a destajo, sabía que cuando se reía de las bromas tontas de sus compañeros a él lo dejaban en paz. Pero João Pedro, siempre que se reía, hacía unos ruiditos extraños, como de atragantado, y peor aún, aquello acentuaba su prognatismo, de tal modo que solo conseguía que se burlaran más aún.

En clase, João Pedro adoptaba un comportamiento ejemplar; se esmeraba en escuchar lo que decía la maestra, y mientras los demás estaban en el relajo, él aprendía. Pero como sacaba las mejores calificaciones del salón, aumentaba el resentimiento contra su persona. João Pedro no provocaba a nadie y no se merecía que lo trataran mal,

pero tampoco es que lo tuviera muy fácil, no era de un natural relajado y su tendencia a mantenerse indolente y callado sacaba de quicio a sus compañeros. Los niños no sabían cómo lidiar con la diferencia y sentían el impulso de molestarlo. Los mismos maestros, conscientes de que João Pedro tenía problemas para integrarse, comentaban en sus reuniones que el muchacho no era normal.

Un salón de clase reproduce a escala miniatura la realidad adulta con sus lados buenos y malos. Se puede ahondar en cuanto analogía permita la imaginación. El salón se concibe como una suerte de grupo social. Lo que vincula a sus miembros es el origen cultural, el conocimiento como meta, la adquisición de herramientas para un día ganarse la vida. Esta sociedad reducida es gobernada por la maestra, quien tiene a su cargo establecer las reglas y aplicarlas. Los alumnos son evaluados según su desempeño y entre ellos pueden surgir rivalidades que tienen que ver con la competencia laboral, con la enemistad personal o con ambas. Dentro del grupo van surgiendo pequeños subgrupos en los que destacan líderes que se dan a la tarea de pisotear a sus rivales, si no es que al mismísimo jefe de estado, es decir, a la maestra. Si esta resultase ser demasiado blanda y no tuviese bajo control a los pequeños ciudadanos, algunos de los agitadores más terribles no dudarían en encabezar revoluciones y los salones acabarían siendo cruentos campos de batalla, inmersos en el caos y la arbitrariedad. Entonces es cuando la sociedad cae en declive; el conflicto fomenta la ignorancia y al final del año los alumnos acaban reprobando; unos porque no estudiaron y no apro-

vecharon las clases; los demás porque no lograron obtener buenos resultados por no contar con las condiciones mínimas para el aprendizaje.

Ahora bien, imaginemos que el terrible Joca es uno de aquellos líderes revolucionarios, un agitador experimentado; y João Pedro, un resistente pacífico, un blanco a derribar porque no es partícipe de la revolución. Joca busca humillarlo para que sirva de ejemplo y así reafirmar su popularidad con el desmoronamiento de João Pedro. Joca, quien es un experto en la lucha insurreccional, proyecta un acto terrorista para castigar a João Pedro.

En la clase de matemáticas, Joca irá a sentarse justo delante de João Pedro. La maestra está de espaldas, apuntando ecuaciones en el pizarrón. Reina la calma y nada parece vaticinar un incidente grave. Entonces es cuando Joca pega un brinco impropio y se pone a berrear llevándose las manos a la cabeza. Pinta mal la cosa. La maestra se da la vuelta, suspende la lección, pregunta qué es lo que pasa. Joca señala a João Pedro y lo acusa:

—¡Me pegó!

—¿Yo? —pregunta su compañero, perplejo.

—Sí, tú, ¿por qué me pegas?

—Pero si yo no te pegué... —responde João Pedro, azorado.

—Me pegaste, me pegaste, uyyyyy, ¿por qué me pegaste?

—Pero, juro que yo no hice nada.

—Me pegaste.

—¡Yo no te pegué!

—Me pegaste. Miss, él me pegó.

—¡No te pegué!

—¡Me pegaste!

—¡No te pegué!

—¡Me pegaste, sí!

—¡¡Basta!! —grita la maestra, exasperada.

Se cierne un silencio tenso sobre el salón. La maestra inicia una pequeña averiguación, busca recabar testimonios que puedan precipitar la eclosión de la verdad, pero como suele suceder en casos como este, nadie delata a nadie. La maestra se encuentra bajo presión, tiene que seguir con la clase, pero no puede renunciar a ejercer la autoridad que le compete, para no desprestigiarse. Se decanta, entonces, por la decisión más expeditiva, injusta e incompetente y que consiste, ante la duda, en castigar a ambos.

—Los dos, para fuera, ahora! —ordena, y con el dedo señala la puerta del salón.

Las personas más calladas son también las más peligrosas, ya se sabe. Van acumulando en silencio las ofensas diarias hasta llegar al punto en que estallan. Es decir, todo tiene un límite, y hasta el niño más inocente y tímido como João Pedro posee una capacidad para la tolerancia limitada y, en aquella ocasión, Joca se había excedido. Había despertado al gigante aletargado.

Tras haber sido expulsados del salón, y estando los dos en el pasillo desierto, Joca esbozó aquella sonrisa de falluquero y le gratificó unas palmaditas en la espalda a João Pedro: sin resentimientos, tan solo fue una broma, ¿te consta? Sin embargo, a esa altura João Pedro ya no estaba para explicaciones; se le borró la vista, se le botó la canica, se desquició, lo golpeó. Un instante, Joca estaba de pie riéndose; al otro, se hallaba tendido en el piso con una máscara de sangre cubriéndole el rostro.

La escena en cámara lenta: el puño cerrado de João Pedro, sale disparado como un resorte y conecta con un batacazo seco y potente, en la sonrisa abierta de Joca. Atinamos a ver con increíble claridad cómo se le botan varios dientes, al mismo tiempo que su cabeza sale dispara hacia atrás como si se hubiera encontrado de frente con una bola de demolición propulsada desde lo alto de una grúa. Los pies de Joca se elevan y el cuerpo, incapaz de oponerse al impulso, sigue la cabeza. Joca se derrumba aturdido en el suelo; luego, lentamente, se incorpora en estado de shock y la expresión en su rostro ensangrentado es la imagen de alguien que trata de entender lo que acaba de ocurrirle. Perdió los dientes, el equilibrio, la orientación. Tiene varias heridas en el interior de la boca y sangra profusamente. Acto seguido, se suelta a llorar como un nene desamparado, ansioso por volver a los brazos de su madre.

Ahora sí, Joca tiene toda razón para quejarse de João Pedro.

Los padres de Joca entraron en la escuela con paso marcial, bélicos; irrumpieron en la oficina del director; armaron un escándalo. Exigieron reparaciones; amenazaron con llevarlos a juicio; requirieron un castigo ejemplar y sobre todo ¡rotundo!. No aceptaban que João Pedro fuera únicamente suspendido, lo querían expulsado, exterminado, tirado en una zanja, vetado de la escuela, por lo menos mientras Joca allí estuviera. De lo contrario, correría la sangre; les llegaría una denuncia penal; batallas legales. Irían hasta las últimas consecuencias con tal de aplastar la sabandija, darían las instrucciones correspondientes a sus abogados para exigir una

indemnización tan gorda que todos se acordarían años después. Es decir, sacaron la artillería pesada: los juicios, nuestros abogados, el dinero, la intimidación. Una bestialidad, pues. El retoño era la viva imagen de sus padres, quedaba claro.

Afortunadamente para João Pedro, el director no se dejó amedrentar. Esperó a que los padres de Joca bajaran el tono y perdieran la cuenta, para entonces apelar a la razón. ¡Qué razón, ni qué nada, ellos lo que quieren es una sanción! No obstante, el director, tranquilo e inflexible, soltó un solo argumento: su hijo tenía un largo historial de indisciplinas, mientras que João Pedro era un muchacho modélico que nunca había causado problemas. Dicho esto, se tendrían que conformar con una suspensión de unos cuantos días, de lo contrario ya no sería uno sino dos los niños suspendidos. La madre volteó a ver a su marido ultrajada, él se encogió de hombros resignado. «Está bien», dijo.

João Pedro permaneció dos semanas en casa, lo cual no resultó ser tan malo como parecía. Incluso no le quedaba muy claro lo del castigo, que más bien le sabía a premio, como si le hubieran dicho: «Por golpear al niño más odioso de la escuela, te ganaste dos semanas de vacaciones». Pero el ambiente en casa era pesado. Su padre le puso tremenda regañada, su madre sufrió un ataque de nervios, tristísimo, con lágrimas en los ojos, repitiendo una y otra vez que la había desilusionado sobremanera. De nada le había servido explicarles que él no tenía la culpa, que Joca había sido quien había empezado.

—Es un mentiroso. Dijo que yo le había pegado

y por su culpa me expulsaron de la clase.

—Ah, y por eso es que le rompiste todos los dientes —respondió su padre, irritado.

De hecho, visto así, hasta parecía que no tuviera razón. La parte de los dientes es la que más le costaba justificar, quizás se había excedido un poco.

—¡Pero él empezó! Yo no le hice nada y me acusó de pegarle.

—Le pegaste y no tantito —dijo su madre.

—Pero eso fue después.

—Lo mandaste al hospital —le recordó su padre.

—Fue sin querer. Yo no quise golpearlo fuerte.

Hasta aquel día, João Pedro no tenía conciencia de que fuera tan fuerte. Nunca se había peleado con nadie. De tener hermanos, hubiese sido cosa natural que se diese de golpes con ellos de vez en cuando, pero por ser hijo único no había desarrollado agresividad alguna.

Estuvo dos semanas encerrado en casa, estudiando para no atrasarse en las materias. A modo de consuelo, Joca tampoco se atacaba de la risa. Reír era precisamente lo que no podía hacer hasta que no fuera al hospital a que le quitaran los puntos de la boca y le pusieran unos dientes nuevos para no aparentar un viejito. A fin de cuentas, Joca se pasó como él dos semanas en casa, solo que comiendo con popote.

Cuando se volvieron a ver en la escuela, Joca andaba gruñón. Lo bueno fue que nunca más le dirigió la palabra y, mejor aún, no volvió a burlarse de él. Por lo demás, nadie jamás intentó meterse con él y su vida se volvió bastante más sencilla. Sabía perfectamente que seguían mofándose a sus espaldas, puesto que siempre venía a buscarlo

algún advenedizo con el chisme, pero se hacía el desentendido. Por un lado, no podía pasársela golpeando a todos sus compañeros, y por otro lado, no le incomodaba mucho aquello. Mientras no lo molestaran directamente, podía vivir con eso.

Cabría suponer que tras aquel episodio João Pedro se hubiera vuelto un muchacho confiado y extrovertido, pero aquella no era, en definitiva, su naturaleza. João Pedro siguió siendo el mismo niño tímido, tranquilo y serio. Quien sea que lo conociera diría sin dudarle que no llegaría lejos, que nunca destacaría, pero el mundo estaba lleno de personas así: nadie daba un clavo por ellas y a fin de cuentas nos sorprendían. Por eso, nunca se podía saber.

3

João Pedro podía parecer poco inteligente, pero no debemos fiarnos de las apariencias. Era reservado y dado a la contemplación. A menudo, permanecía largos minutos observando alguna cosa insignificante, como si tuviera ausencias, aunque en realidad estuviera reflexionando en algo, inventando historias. Se hubiera podido hacer escritor, pero su vocación era otra.

Desde que le habían regalado su primera caja de lápices, a los tres años, João Pedro había empezado a desarrollar una inclinación por la pintura. Tenía un talento natural para el trazo; se negaba a salir de casa sin sus lápices y un cuaderno; y cualquier lugar era bueno para ponerse a dibujar. Si acompañaba a su madre a la peluquería, se entretenía dibujando; si salía con su padre al café,

dibujaba mientras este se tomaba un bica y leía el periódico. Al principio, tan solo eran unos garabatos burdos, pero antes de cumplir los seis años ya presentaba un trazo preciso y causaban admiración sus dibujos meticulosos. A los diez cambió los lápices por pinceles y empezó a ir a clases de pintura. Su primera maestra quedó fascinada con la habilidad de aquel niño. A los dieciocho se matriculó en la facultad de Bellas Artes.

João Pedro nunca se hizo muchas ilusiones con respecto a algunas verdades básicas de la vida. En primer lugar, estaba plenamente convencido de que el mundo era dominado por los ricos y los guapos. Los primeros porque podían comprarse todo lo que quisieran, los otros porque conseguían que les regalasen todo lo que desearan. Tratándose de estas dos clases de personas, se sentía tan distante de unas y otras como si fuese de otro planeta. No era rico, ni mucho menos, y por lo que toca a la belleza, ni hablar. En la mente de João Pedro, los hombres atractivos se juntaban con las mujeres atractivas, punto. Y si un hombre apuesto se juntaba con una mujer fea era por voluntad y nunca porque no lograra conseguir algo mejor. Por el contrario, si una mujer deslumbrante escogía a un hombre feo, este únicamente podía ser rico. No es que se hubiese vuelto cínico o rebelde, simplemente encaraba estas verdades irrefutables con serenidad y resignación. Se alzaba de hombros y decía: «La cosa es así, ¿qué se le va a hacer?»

João Pedro se tenía en tan poca estima que catalogaba a las personas como guapas, ordinarias, feas y, en último lugar, a sí mismo. Y uno entendía que pensase de este modo, aun cuan-

do fuese un tanto exagerado, pero es que en el fondo no era sino su modo de resguardarse de las decepciones. Quien no anhelaba nada, nada tenía que perder, ¿cierto?

Ya estando en la universidad se dejó crecer la barba, lo que le confería un aspecto más normal. Su nueva imagen combinada con su notorio silencio, transmitían una actitud ponderada. Puesto que era un excelente estudiante, conseguía invariablemente los mejores resultados y sus compañeros se le acercaban para pedirle ayuda, para recibir su consejo. A partir de entonces, João Pedro tomó consciencia de que tenía un ascendente sobre los demás y fue granjeando confianza en sus capacidades, aunque no dejaba de ser tímido y un mentecato crónico cuando de mujeres se trataba.

Ahora era un tipo muy alto, con cara de bóxer, pero con barba. Antes, se daba cuenta, cuando alguien se refería a él y no se sabía su nombre, decía «sabes, ese mono alto con cara de bóxer». Aquello lo irritaba tan solo imaginárselo; es decir, el solo hecho de pensar en cómo las personas lo describían, o probablemente lo describirían si hablasen de él. No dejaba de ser un tanto estúpido irritarse con algo que no sabía si ocurría a ciencia cierta, pero cuando una persona se pone a pensar en lo que los otros opinan de ella, se obsesiona con la idea y acababa fastidiado.

Gran parte de los muchachos de su edad provocaban aparatosas trifulcas por las noches tras haberse envalentonado con los tragos y descargaban en el primer chivo expiatorio que se les atravesara la adrenalina acumulada con los asuntos que los agobiaban y que no sabían resolver.

João Pedro también hubiera podido hacerlo, y no hubiera desmerecido, puesto que era más alto y más fuerte que la mayoría de los que se le ponían enfrente. Sin embargo, él ya sabía los estragos que su puño cerrado era capaz de ocasionar en el rostro de alguien y, además de eso, no sentiría ningún consuelo mandando a un tipo cualquiera al hospital a causa de un problema que nada tenía que ver con aquel otro. Es más, el problema no desaparecería por más que se le golpeará a alguien, ¿o sí? João Pedro pertenecía a esa clase de personas incapaces de aplastar una hormiga o matar una mosca, mucho menos andar por allí rompiéndole la cara a desconocidos.

Una de las ventajas de ser alto y fuerte como él era que no existían muchos tipos lo suficientemente estúpidos como para provocarlo y los pocos que sí lo eran terminaban siempre por lamentarlo. Por lo general, pues, no se metían con él; ahora bien, siempre podía manifestarse algún pendenciero borracho empeñado en comprobar su propia valentía. Desafiar a João Pedro era más o menos parecido a lo que hacía un forcado, que se plantaba cara al toro: o sabía uno en que se metía, tipo cinturón negro de quién sabe qué, o se corría el riesgo de acabar tumbado sin ni siquiera haber tenido la oportunidad de tocarlo. Y no todos los días se ven cinturones negros borrachos capaces de vencerlo.

Una vez, ya muy de noche en una discoteca, un tipo se le acercó a João Pedro mientras se tomaba una copa tranquilamente apoyado en la barra, y fue a chocar contra él. Le dijo que tuviera cuidado al andar. El otro aprovechó para insultarlo.

—¿Qué te traes? Te rompo la cara.

—Tranquilo, hermano.

—Tranquilo mis huevos, vamos para afuera.

La manaza descomunadamente grande y fuerte de João Pedro se cernía entonces sobre la clavícula del pobre diablo, cerrándose como si fuese a triturarle los huesos, luego lo jalaba como a un muñeco de trapo y le hablaba al oído sin alzar la voz, con una sonrisa avasalladora.

—Hermano, ¿no te parece que ya bebiste más de la cuenta?

El otro procuraba zafarse, la mano lo estrechaba con más fuerza, lo sumía contra el piso, le hacía perder el equilibrio, se volvía inusualmente poderosa, le obligaba a doblar las rodillas, a ceder por completo.

Al día siguiente, el tipo aquel amanecía con un moretón bastante feo que bajaba del cuello hasta el hombro, pero eso era todo.

Para no tener que estar golpeando a borrachos, João Pedro se dejó crecer la barba. Ahora se figuraba que cuando las personas se referían a él y no se sabían su nombre decían «sabes, ese mono alto con barba». Quizás no fuera así del todo, pero era lo que él se imaginaba, y eso era lo que contaba.

Una compañera de la facultad, Beatriz, al cruzarse con él en un pasillo le comentó que una amiga suya que se llamaba Clara «tal vez» estaría interesada en conocerlo.

—El otro día me preguntó que quién era ese mono alto de barba con quien estuve hablando después de clase.

Sintió que le temblaban las piernas. Tragó saliva, las palabras se le escabullían, se le dibujó una

sonrisa incómoda.

—¿Quién es? —preguntó.

—Allí va, luego te digo quién es. ¡Hola, Clara!
¡Ven para acá!

João Pedro había adquirido mayor seguridad gracias a sus resultados académicos. Se autorizaba uno que otro consejo a sus compañeros, despejaba dudas, se le estimaba entre estudiantes y profesores. Estos lo veían como a un discípulo prometedor, dotado de sólidas aptitudes técnicas. Por lo que sus buenas calificaciones era más bien resultado de una dedicación casi obsesiva que de la genialidad innata de un artista impar. Por ello, diríase que tarde o temprano João Pedro tendría que elegir entre volverse un buen profesor o un pintor de medio pelo. Por el momento, se conformaba con ser el mejor estudiante de la facultad; era para él el mejor modo de afirmarse y compensar todo el desprecio y la falta de consideración acumulados. Sin embargo, por mucho que tuviera resuelta la cuestión de los estudios, todo lo demás lo tenía hecho un caos. João Pedro era poco sociable, casi no contaba con amigos y encontrarse una novia le parecía inimaginable.

—Clara, João Pedro. —Beatriz señaló hacía ella, luego hacia él—. Los declaro oficialmente presentados. Ahora, si me permiten, debo irme que ya voy tarde.

Y se fue, dejándolos en una situación de lo más incómoda, mirándose el uno al otro. João Pedro no dijo nada, no se le ocurría nada interesante que contar, se sintió estúpido. En cambio, Clara hablaba hasta por los codos, y cuanto más nerviosa, más departía, parecía una máquina repartidora de

información innecesaria.

Movió la cabeza, perpleja.

—Esta Beatriz sí que está loca —dijo—, entonces, he aquí al mejor estudiante de la facultad. Me dice que eres un maniático, que no haces más que estudiar. ¿Es verdad eso?

João Pedro sonrió, avergonzado. Clara le dijo que ya lo había visto antes, cómo no, que sabía quién era, incluso iba a algunas clases con él, aunque él nunca se había fijado en ella, obviamente, porque ella siempre se sentaba en el fondo y el al frente. No, hasta delante, él se sentaba siempre hasta delante, no pasaba inadvertido, era bastante alto, soltó una risotada nerviosa, ¿cuánto medía exactamente? ¿Unos dos metros, no? Bueno, comenzó a decir él, no llegaba a... pues, lo interrumpió, ella no pasaba del metro sesenta y cinco, era bajita, hizo una mueca de resignación, pero tampoco es que estuviera muy por debajo de la media, ¿no es así? Las mujeres portuguesas eran todas pequeñas, bueno, casi todas. Daba la casualidad de que tenía una amiga que podría ser modelo, alta, bueno, tendría que verla, de haber nacido guapa hubiera podido ser modelo, pero la belleza no era su fuerte, pobrecita, era un amor.

Caminaron hasta la puerta de la facultad y allí se separaron. João Pedro tenía que irse a la izquierda, Clara a la derecha. En realidad el también tenía que tomar a la derecha, y aunque no fuera así, bien podía haberse inventado que sí y prolongar aquel momento; bien podía haber tomado el mismo autobús que Clara y seguramente se hubiera enterado de dónde vivía ella. Pero João Pedro prácticamente no pronunció palabra y se

sintió aliviado cuando volvió a estar solo. Aliviado y furioso con sí mismo. Se preguntaba qué clase de retrasado mental era para darse cuenta que una chica se interesaba en él y se iba así sin más, sin alargar la conversación, sin acompañarla, sin pedirle su número de celular.

Sudaba abundantemente, tenía la frente perlada con gotas de sudor y la camisa pegada a la espalda, y no era por el calor, a pesar de ser verano. En circunstancias así se ruborizaba, se quedaba sin voz, metía las manos en los bolsillos para que nadie viera cómo temblaban.

Se fue a casa, cabizbajo, a paso lento, arrastrando los pies, con los ojos clavados en el suelo, ansioso por encerrarse en el pequeño taller donde guardaba el caballete, los lienzos, las pinturas, los pinceles, por ponerse a pintar y borrar el recuerdo de Clara y aquel episodio bochornoso.

A esa hora no habría nadie en casa. Sus padres se encontraban fuera trabajando —su padre en una agencia bancaria de la avenida almirante Reis, su madre en un pequeño jardín de niños en Amadora, donde era auxiliar de educación— por lo tanto, estaría solo, gracias a Dios.

Se subió al metro, tomó asiento, miró para el frente sin reparar en los pasajeros que entraban o salían. Quería olvidarse de Clara, pero no era cosa sencilla, no lograba desviar el pensamiento hacia otros asuntos sin volver a ella inmediatamente. Batalló con su cerebro, se esforzó por no encallar en ningún raciocinio, no reflexionar en absolutamente nada, volverse una roca. En balde. Las facciones de su rostro, aquella voz aguda, sumamente insegura, lo asaltaban al menor descuido. Era

bastante bueno para aquel ejercicio que consistía en suspender el pensamiento; lo hacía cuando se sentía cansado o por la noche estando en la cama, para conciliar el sueño, pero ese día el cerebro no le daba tregua alguna, le resultaba imposible acallarlo.

Le urgía llegar a casa y sumergirse en su mundo de óleos, en el que podía permanecer horas absorto, sin pensar en nada que no fuera pintar.

Se sentía avergonzado por el desgarbo con el que había tratado a Clara. Era obvio que le había causado mala impresión, y si ella había considerado que él podía resultar un tipo interesante que valía la pena conocer, a estas alturas ya habría perdido todas las ilusiones. Un desastre... Alzó la vista, tuvo un destello de lucidez, se irguió, se coló entre las puertas del vagón en el instante preciso en que se cerraban y salió justo a tiempo. Quien lo viera hubiera pensado que por allí andaba un fantasma.

Su casa estaba en Penha de França, en una de esas calles plácidas en las que vivía la misma gente desde siempre y donde nada cambiaba por los siglos de los siglos. Pasó a comprar fruta a la recaudería, ya que había tomado la costumbre de mordisquear manzanas mientras pintaba, más como método para la concentración que para matar el hambre. Entró en el edificio, se cruzó con doña Amelia, la portera, quien llevaba una bata de flores de tela corriente, hasta donde João Pedro podía recordar. Era una mujer voluminosa, sin edad, que en su opinión ya era vieja cuando él era niño.

—Buenas tardes, João Pedro, ¿ya se recibió?

—Buenas tardes, Amélia. Todavía no, aún me

faltan unos añitos.

Le preguntaba lo mismo día con día.

Fue directo al taller; aventó los libros y la bolsa con la compra sobre una silla que tenía en una esquina a un lado de la puerta, enfocado ya en el cuadro que estaba pintando; se colocó sobre el banco alto frente al caballete; frotó una manzana en la camisa; le dio una mordida distraída mientras observaba el trabajo sin terminar del día anterior. Era una marina, no pintaba más que marinas. Adoraba el mar, con sus reflejos inagotables, los barcos mecidos por sus aguas caprichosas. Ya había pintado decenas de cuadros marinos, algunos serenos, otros pavorosos. En aquel entonces, recreaba el espectacular naufragio de un escuadrón antiguo. Se veían barcos desamparados, diminutos en medio de un mar castigado por vientos ciclónicos, devorados entre paredes de agua que se agigantaban por encima de ellos; marineros en pánico intentaban escapar en botes arrojados a las olas, que eran volteados, esparciendo decenas de hombres sin futuro en un océano ennegrecido por la tempestad. Se trataba de un acto impresionante, realista, brutal. Estaba dibujando ahora las expresiones aterradas de los náufragos, un trabajo minucioso, de mucha precisión por tratarse de figuras minúsculas.

Su mano se detuvo en el aire con el pincel a escasos centímetros del lienzo. João Pedro rumiaba. Estaba agitado y de nada servía pretender que no pasaba nada si ni siquiera conseguía concentrarse en su trabajo. Lo que rara vez sucedía. En más de una ocasión había descartado salir con amigos para quedarse en casa a pintar; en más

de una ocasión se había pasado el fin de semana entero encerrado en el taller, trabajando día y noche, durmiendo únicamente lo necesario, volcado en su pintura. Lo único que no se perdía eran las clases, que eran sagradas, solo por tratarse de lo mismo. Cuando João Pedro se entusiasmaba con un cuadro, nada más le interesaba.

La imagen de Clara irrumpía en su mente, y no porque estuviera enamorado —¿cómo podría estarlo si acababa de conocerla?— o porque viera en ella a un ser en especial fascinante, sino por una razón más profunda y determinante, y sin lugar a dudas, ineludible.

4

Su presencia diaria en el gimnasio para seguir la clase de Body Combat era un ritual que Clara no pasaba por alto, llueva, truene o relampaguee. Sus amigas le decían maniática, adicta y chiflada; le aseguraban que una muchacha tenía cosas más interesantes que hacer, pero a ella le parecía que no. Para empezar, las amigas de Clara eran hermosas y a sus diecinueve años no necesitaban esforzarse mucho para mantener su bella figura. Pero Clara era diferente; porque tenía tendencia a engordar no podía prescindir de una dieta inteligente y de mucho ejercicio.

Clara tenía cualidades propias: era dinámica, determinada, optimista, comunicativa. Su presencia era notoria, amenizaba las cenas que organizaban sus amigos y quedaba claro para todos que sin ella no había fiesta, pero al final de la noche regre-

saba sola a casa. No es que nunca hubiera tenido novio o que fuera fea. Caray, en su cuarto tenía un espejo enorme, no podía decirse que fuera fea, pero tampoco llegaba a bonita, se quedaba a medio camino. En fin, tenía sus altibajos. Carecía de talento a la hora de arreglarse, era imposible que luciera bien, llevaba un corte de pelo calamitoso, se le olvidaba pintarse las uñas; por eso, si no iba a poder cambiar de cara ni penetrar los misterios de la moda, por lo menos podía mantenerse en forma. Clara estaba orgullosa de su lindo cuerpo. Sus amigas menospreciaban las idas al gimnasio, pero le envidiaban los resultados, una cinturita de bailarina y unas nalgas firmes. Sus amigas eran rubias y encantadoras, Clara era trigueña, de ojos castaños y cejas demasiado gruesas, aunque eso se arreglaba yendo a la estética, si es que alguna vez iba a la estética, y si tuviera ojo para reparar en esos pequeños detalles que hacían toda la diferencia.

Idiota fue la palabra que le vino a la mente para calificar a João Pedro. ¡Un idiota presumido! Y ella empeñada en conocerlo, dándole alas a la imaginación cuando fantaseaba con la primera conversación, soñando con las palabras sugerentes y cargadas de indirectas que intercambiarían los próximos días en los pasillos de la facultad. Se había imaginado las alusiones con las que se le iría acercando, los deliciosos juegos de seducción con los que avivarían el deseo; él se le insinuaría, ella se dejaría. Todo para que al final no pasara de ser un idiota con excesiva autoestima.

Clara se despidió de João Pedro con toda naturalidad sin delatar la realidad de su desilusión. Beatriz había llevado a cabo el plan a la perfección.

—Tú vas a estar con él, le dices que tal vez me gustaría conocerlo, y yo casualmente pasaré por allí; me llamas, nos presentas y te vas de inmediato.

—¿Que a ti «tal vez» te gustaría conocerlo?

—Eso.

—¿Y de pura casualidad vas a pasar por allí?

—Exactamente.

—Ya lo veo, todo muy espontáneo.

—Todo muy espontáneo.

—Sin forzar la cosa.

—Sin forzar.

—Está bien.

Y así sucedió. Pero no había contado con la diferencia de João Pedro. Definitivamente, él no había mostrado ningún interés por ella, sino todo lo contrario, se había quedado callado, le había regalado unas sonrisas tontas, la había despachado.

Entró al gimnasio, enfiló directamente hacia los vestidores, tomó un gancho, vació la bolsa de la ropa para cambiarse mientras rumiaba pensamientos lóbregos. Se moría de rabia al darse cuenta de lo arrogante que había sido con ella. ¿Sería que ese sinvergüenza se sentía demasiado importante como para prestarle atención? Pues, allá él. Decretó que no volvería a dirigirle la palabra y que no le haría caso cuando se lo cruzará en la facultad. Luego, se fue a descargar la ira a puñetazos y patadas en su clase de Body Combat.

La gente seguramente se preguntará qué es lo que había llevado a Clara a interesarse por João Pedro, siendo que él era, probablemente, el tipo más feo de la facultad. A fin de cuentas, uno podría pensar: es feo sí, pero es el mejor estudiante de la carrera, es culto, ha de ser

interesante y ella quedó fascinada con su personalidad. Y hasta podría ser así, porque todo el mundo sabe que las mujeres no privilegian la belleza cuando eligen a su pareja para el futuro, siempre que no se trate de una aventura pasajera o de un simple trofeo para presumir con las amigas. Pero Clara no podía estar fascinada con la conversación de João Pedro, puesto que no lo conocía, e incluso después de conocerlo, pues apenas si pasaron unos minutos juntos y no hubo realmente ninguna conversación, sino una suerte de soliloquio, una retahíla de frases nerviosas, ya que él no había abierto la boca y ella no la había cerrado.

Pero Clara sabía perfectamente lo que buscaba. En el fondo, deseaba aquello que siempre había despreciado en su madre, convencida de que hacía todo lo contrario.

Su madre había conocido al padre de Clara tras la muerte de su propio padre, el abuelo de Clara. Él entró en la capilla ardiente y con suma aflicción se dispuso a dar el pésame a todos los señores que rodeaban el ataúd; les prodigaba un sentido apretón de manos y susurraba palabras que honraban la memoria del ser extraordinario que había sido el difunto, insistiendo en la pena que le provocaba semejante pérdida, la de una gran persona, ¡un hombre excepcional! Besó ceremoniosamente las manos de todas las señoras, con suma gravedad y consideración. Se notaba enseguida que aquel era un caballero con tremenda educación, un gentleman. Se mostró especialmente atento con una muchacha de pelo oscuro y lacio, ojos verdeantes, labios carnosos, un verdadero encanto que lo dejó

conmovido. Era la hija inconsolable del finado. Tuvo que refrenar su entusiasmo al tratar de consolarla; ella temblando de pies a cabeza en una agonía lagrimsa, sacudida por el sollozo; él emocionado, habitado por instintos protectores, agarrándole la mano, ofreciéndole un pañuelo para enjugar el llanto, dominándose por no abrazarla. Pero no la conocía, solamente había venido a cumplir con una obligación, un compromiso que le habían endosado sus padres pues se encontraban fuera del país y le habían pedido que fuera en su lugar.

Después de los pésames, se fue a recargar contra la pared a modo de recogimiento, a un costado de su amigo. Este, inclinándose, le preguntó al oído.

—¿Sabes quién es esta gente?

—No conozco a ninguno.

—Pero hablaste con todos.

—Uno no se ve mal cuando saluda a todo el mundo, se ve mal cuando no lo hace.

—De acuerdo, pero escúchame, yo estoy aquí porque te vi entrar y me vine detrás de ti, pero me da la sensación de que nos hemos equivocado.

—¡No me digas que estamos en el velorio equivocado!

Efectivamente, había ido a velar a otro difunto. A pesar de todo, la hija inconsolable se puso a observar a aquel joven educado y cortés, y al verlo escabullirse discretamente, salió detrás de él.

Así fue como la madre de Clara había conocido a su futuro esposo, un hombre de alcurnia, heredero aristócrata, partido inmejorable. Se había casado con él diez meses más tarde, con el «frijolito» sembrado en la barriga, como solía decir quitada de la pena. El padre de Clara había cumplido con sus

obligaciones, pero nunca llegó a ser un buen marido, ni un gran padre, ya que las había abandonado a las dos prácticamente desde el principio.

La madre de Clara había vivido casi veinte años en una casona de techo alto en Rua das Trinas, deambulando por los amplios cuartos, los pasillos interminables, señora de su posición social, a pesar de ya no existir para su esposo, para la familia de su esposo, para los amigos de su esposo. Cuando se encontraba en casa, Clara se enteraba de su presencia por el tintineo del hielo en el vaso de whisky que siempre cargaba consigo. Su madre administraba la casa familiar con afán y se presentaba orgullosamente con el título de condesa. Respecto a su padre, Clara solo alcanzaba a verlo esporádicamente, las raras veces que se quedaba a dormir con ellas cuando no andaba de viaje por París o de cacería en Ribatejo. Era un hombre encantador, pero ella no le tenía mucho cariño.

La vida de derroche de su padre, los gustos caros de su madre, el hecho de que ninguno trabajara, la terrible crisis económica de los últimos años, todos esos factores habían contribuido a mermar considerablemente el patrimonio familiar. El dinero se volatilizaba a medida que su padre vendía las propiedades heredadas y ya casi no quedaba nada de aquella fortuna centenaria. La casona De la Rua das Trinas, último patrimonio de la familia, había sido malbaratada hacía un año a causa de la crisis. Ahora vivían en una casita más pequeña, un dúplex de alquiler en el mismo barrio de Lapa, más cosy, como decía su madre desengañada, puesto que hacía falta mucha imaginación para acomodar el mobiliario y los cuadros en un espacio dos

veces más reducido que los cuatrocientos metros cuadrados que tenían en Rua das Trinas.

Cierto era que todavía disponían de los millones adquiridos con la venta de la casona, y no se iban a morir de hambre en los próximos años, pero el dinero se le escapaba con rapidez y Clara ya se había hecho a la idea de que, al final de todo, no habría de heredar ni un duro.

Sea lo que fuere, ella anhelaba con encontrar un marido colmado de éxito, pero no era su intención depender de nadie y mucho menos deambular por los salones exquisitos de cualquier palacete, un vaso de whisky en la mano. Esto, siempre y cuando su destino fuera estar al lado de un hombre capaz de ofrecerle palacios. La idea no era absurda, Clara había vivido en uno desde pequeña, pero aún así, no dejaba de ser poco probable.

João Pedro había adquirido un prestigio en la universidad muy superior a lo que se había imaginado. Era aplicado en su empeño, obsesivo, perfeccionista. Se proponía de este modo compensar la falta de confianza que le transmitía el espejo. Un pensamiento no lo abandonaba: «un día seré tan rico y tan famoso que nadie me va a molestar por ser feo, y tendré a todos lamiéndome las botas». Pero no tenía una idea muy acertada de cómo lo percibía la gente. Bien, la gente no lo veía como alguien muy simpático, y de hecho no lo era, pero João Pedro se había vuelto un tipo reservado y poco sociable porque se imaginaba que los otros no lo apreciaban, lo cual no era cierto del todo. En realidad, si no parecían tenerle aprecio era porque João Pedro no concedía muchas oportunidades para establecer vínculos afectivos. De modo que se la pasó años la-

brando en esa equivocación crucial el carácter que acabaría definiéndolo. Por el contrario, la distancia que él mismo imponía, combinada con la fama que se había ganado como estudiante distinguido, proyectaban una imagen de genialidad y arrogancia que tampoco se ajustaba a la realidad. João Pedro no era un genio y mucho menos un pedante. En el fondo, tan solo era un joven esforzado debido a su inseguridad crónica.

Clara, a pesar de sus modos indolentes y desenfadados de quien no le concede mucha importancia al destino, no daba un paso sin antes averiguar qué habría de encontrarse allí. En eso también era parecida a su madre, quien había planeado su boda hasta en el más mínimo detalle desde el día del velorio de su padre, llorando a raudales, sollozando en los brazos de un elegante desconocido y que, a pesar de la amargura que la afligía en esa hora aciaga, se dejaba mecer por la fantasía y analizaba con toda frialdad cómo habría de proceder para conseguir llevárselo hasta el altar. Clara era incapaz de contraer un embarazo con segundas intenciones, pero no estaba dispuesta a enamorarse de un hombre si no veía en él un futuro agraciado. Y mientras que João Pedro no se planteaba que una chica pudiera interesarse en él por su trayectoria académica, eso era justamente lo que había llamado la atención de Clara. A ella poco le importaba que no encajara con los cánones de belleza que normalmente avivaban las llamas del amor en las jovencitas, si en cambio le ofrecía las ventajas que procuraba la compañía de un hombre digno y respetado. Sus amigos estaban convencidos de que Clara era rica, mismo que no era, y que le bastaría con esforzarse para triun-

far en la vida, si de realización personal se trataba, pero ella sabía que la cosa no era así, pues se encaminaba por la ruta de la pobreza más rápidamente de lo que se imaginaban. Y como no quería dejarse atrapar en el humillante papel de tener que depender de un marido hasta para comprarse un café, tenía la firme intención de finalizar los estudios, construirse una carrera y ganar su propio dinero, para no verse nunca en la ingrata situación de sentirse como un mendigo en su propio hogar. A estas alturas, la perspectiva de irse a dormir noche tras noche con un hombre admirado por todo el país ya le llenaba el alma y el corazón de ilusión y alegría.

5

Mientras Clara se alelaba con sueños y planes que, en su cabeza, la colocaban al lado de João Pedro en un futuro cercano, este pensaba en ella con la sonrisa más boba, sin plantearse nada, extasiado con el interés de Clara por conocerlo. Clara era la primera chica que había sugerido la posibilidad de un romance con João Pedro. Podría parecer trivial, pero para él se trataba del acontecimiento más extraordinario de su vida adulta y lo conmocionó a tal grado que por aquellos días no conseguía estudiar, pintar, comer o dormir. Sentía que flotaba en un estado de felicidad absoluta, atrapado en un torbellino de sentimientos alegres que iba descubriendo con agrado. Andaba encandilado. Y sin embargo no sabía cómo reaccionar, se sentía tope, incapaz de tomar iniciativas; no tenía la menor idea. La primera conversación había sido un desastre, eso lo sabía, no había modo de que

causara buena impresión en Clara, y aquella convicción de que era un tonto y de que ella lo consideraba un idiota le carcomía el ánimo. Y ahora que pasaba más tiempo en la facultad, siguiendo de lejos los movimientos de Clara, contemplándola disimuladamente y con apego, João Pedro se desmoronaba. Clara lo ignoraba, hacía alarde de su falta de interés, ni una mirada, ni una sonrisa alentadora, nada, si acaso una floja desviación de la cabeza cuando lo sorprendía mirándola.

Ella se sentía confundida ante la postura de João Pedro. Su actitud denotaba interés, es decir, João Pedro no la menospreciaba, sino que la miraba, incluso le parecía embelesarse un poco. Era innegable aquella atención discreta siempre que ella aparecía y era obvio que la seguía con la mirada, y quién sabe si con algo de arrobo también. Pero eso era todo. No sonreía, no le hacía señas, no se levantaba para ir a hablarle. Era desconcertante. En efecto, João Pedro se mortificaba por su falta de iniciativa pero su cerebro quedaba paralizado, idiotizado; bajaba la mirada, fingía concentrarse en la lectura de un libro hasta que ella ocupara un asiento en el fondo del aula; y luego, en la confusión normal que precedía a la clase, se volteaba a verla. Ella lo sorprendía espiándola infraganti y en el acto volvía la mirada al frente, presa de la ansiedad; se le aceleraba el pulso, se ponía rojísimo, sudaba.

Al principio, Clara interpretó su timidez como una forma de arrogancia; se figuraba que João Pedro no le prestaba atención, que se había olvidado de ella desde que se despidieron en las puertas de la facultad; pero luego lo veía alzar la cabeza en el comedor, en la biblioteca, siguiéndola de reojo,

aunque no dijera nada, y eso creaba confusión en ella. Para entonces, a Clara ya le parecía atractivo, del tipo reservado, muy serio, ponderado, y se preguntaba con un desvarío novelesco si no había por allí una mujer que se lo impedía, si no se interponía entre ellos una relación que ella ignoraba.

Reflexionó seriamente sobre lo que le correspondía hacer, ya que él nada hacía. Clara veía todos los días personas que se amilanaban en las circunstancias más insignificantes: el hombre con la chaqueta desgastada que no se bajaba en su estación porque se había distraído y le daba vergüenza salir precipitadamente entre los demás usuarios; la mujer que se bajaba antes de su parada por culpa de un borracho que le echaba el ojo y le sonreía alelado, y ella, incómoda, no tenía valor para encararlo; la compañera que se dejaba humillar por un profesor arrogante que le hablaba mal delante de los demás estudiantes. Le daba la impresión de que la gente procuraba llamar lo menos posible la atención y se achicaban, como queriendo volverse invisibles. Estaba en la cola del supermercado esperando su turno para pagar. La mujer delante de ella llevaba su bolso en bandolera y le decía a la cajera que podía mirar dentro para comprobar que no estaba robando nada. Era una mujer sencilla, atemorizada ante la idea de que la empleada pudiera sospechar de ella. Esta, que no le había pedido nada, sonrió con indulgencia y les respondió que no hacía falta. Clara pensó que los portugueses tenían ese rasgo servil con respecto a todo aquel que en una situación cualquiera se adueñara de la más mínima autoridad. Se sintió con ganas de recriminar a aquella

mujer, espolearla de algún modo, gritarle que no fuera rastrera, pero se quedó callada, convencida de que no la comprenderían. Terminó de colocar las compras en el bolso y se fue. Ella no era así, ella en todo momento defendía sus ideales arduosamente y no le importaba, no le inquietaba en absoluto si en eso era inoportuna.

No es que fuera inmune a lo que pudieran pensar de ella los demás, al contrario, toda esa desidia y rebeldía, su desprecio por las apariencias, ocultaban un gran malestar. Clara no estaba a gusto consigo misma porque no conseguía ser la muchacha encantadora que tanto deseaba ser, capaz de atraer la mirada de los chicos y despertar sus deseos, como sucedía con la mayoría de sus amigas de pelo largo y rubio, ojos centelleantes, ropa vistosa. Sus amigas sabían cómo lucir irresistibles y sacar de quicio a los muchachos, eran expertas en manipular sus emociones, los tenían a la expectativa de sus caprichos, soñando con ellas. Clara estaba convencida de que no se aparecía en los sueños de ninguno. En ella no había magia. De no ser porque era la desvergonzada irreverente y graciosa que todos festejaban en sus días más inspirados, no sería sino la «niña invisible». Pero no se satisfacía con eso, era incapaz de ser divertida a cada instante y la estrategia resultaba cansada y desgastadora. Tenía sus altibajos, momentos muy animados y días enteros de depresión en casa; pocas veces estados intermedios.

La desfachatez, en ocasiones, se tornaba agresividad. Un comentario inoportuno era capaz de mosquearla y desencadenar una reacción violenta. Era un mecanismo de defensa. Su inseguridad

la llevaba a responder brutalmente y no controlaba sus propósitos. Por eso, quien no la conociera podía pensar que era altiva y demasiado engreída para resultar buena amiga. Había veces en que se excedía, en verdad, cuando se sentía atacada. Siempre que alguien decía algo que rayaba en la crítica o que sugería alguna ironía que la implicaba, Clara contrataba de inmediato con una dosis letal de sarcasmo. Y siempre resultaba ofensivo, porque decía la primera barbaridad que le venía a la cabeza, por lo que su reacción era excesiva si se le comparaba con la provocación. El problema es que se alteraba intempestivamente por cualquier cosa, sin medir sus palabras, y no pocas veces dejaba helado a su auditorio, impactado con su ferocidad.

Había quienes la evitaban y preferían guardar la distancia, intimidados por su mal genio notorio. Muchos profesores ya se habían quitado la tentación de encararse al humor amargo y corrosivo de Clara. Ella los retaba, se preparaba escrupulosamente y defendía su postura con bravura, atrincherada en una de las hileras del fondo, proyectando su voz arisca para asegurarse de que todos en el anfiteatro la escucharan. Incurría en duelos implacables con los profesores más irascibles en aquellas clases épicas que nadie quería perderse. El ambiente se hacía pesado, como si se cargara con el olor de la pólvora; se hacían apuestas sobre cómo acabaría rajándose el profesor. Clara, indomable, argumentaba con inteligencia, y aun cuando no tuviera la razón, resultaba difícil sacarla de su convencimiento endiosado. En la oscuridad de las oficinas, el cuerpo docente se re-

fería a ella despectivamente con el mote de «Mafalda, la contestataria», decían que le faltaba un tornillo, pretendían no tomarla en serio. La desdeñaban con una sonrisa falsa, pero por dentro sudaban despavoridos ante la posibilidad de perder por su culpa el rumbo de su cátedra. Le ponían buenas calificaciones, pero tampoco tan buenas, y Clara se encogía de hombros, decía que la independencia tenía un precio, y que de cualquier forma la gente le importaba una mierda.

6

La paciencia no era lo que mejor definía a Clara y la falta de iniciativa de João Pedro estaba acabando con la suya. Llegó el momento en que se olvidó de su promesa de no volver a dirigirle la palabra y decidió abordarlo a la hora del almuerzo. No es que lo hubiera planeado, pero al entrar en el comedor lo vio sentado solo en una mesa, con los ojos clavados en ella, bajando la mirada como de costumbre, y pensó «al diablo, de hoy no pasa».

Se le acercó con la charola en las manos, se paró frente a él, le regaló su mejor sonrisa y le preguntó:

—¿Puedo sentarme?

João Pedro se puso colorado, se atragantó con un pedazo de papa que le bajaba por la garganta.

—¿Estás bien?

—Sí, me ahogué un poco —respondió con tremendo esfuerzo para dominar la tos.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Clara muy seria, aguantándose la risa.

—Estoy perfecto —contestó él, abochornado.

Ella, de pie expectante, señaló con la barbilla el

asiento libre.

—¿Puedo?

—Puedes, por supuesto —asintió él con un movimiento torpe.

Hubieran comido en silencio de no ser porque Clara hablaba por los dos, y bien, puesto que era buena charlando; supo perfectamente compensar el déficit de comunicación de João Pedro. En aquel entonces no sabía, pensaba que él era una

¿Quieres continuar leyendo este libro?

¡ADQUIÉRELO!

Dale clic aquí



Envió GRATIS a toda la República Mexicana

Encuétralo en tu librería favorita

¿Tienes alguna duda?

CONTÁCTANOS

lectores@endira.com.mx



EditorialEndiraMX